

Fuente de gracias y de amor tesoro.

Cruxó por medio del concurso mudo,
con el velo imperial la faz cubierta,
que ver quiso su madre y ver no pudo.

Luego curro tras si la cerrada puerta
de la austera mansión con golpe rudo,
viva á su Esposo y para todos muerta. (1)

El celo por la salvación de las almas, llevar la dulce persuasión á los entendimientos; hacerse instrumento de la gracia ora por medio de la palabra, ora por medio del ejemplo: remediar alguna calamidad moral ó física de la humanidad: ved algunas de las causas que en todos los siglos cristianos han determinado inmediatamente las fundaciones de los ordenes religiosos.

A primera vista, pudiera creerse que las ordenes monásticas, no tienen otra ventaja que la santificación de sus individuos, pero no; lo cierto es que *bonum est diffusivum sui*, y es imposible que las almas celestia-

(1) Algunos versos - México 1879.

les y puras que han hallado asilo en los monasterios, no hayan influido con Dios, Moderador supremo de las sociedades, para hacerlo propicio con los pecadores: es imposible que su predicación y su virtud práctica no haya servido á una sociedad menos escéptica y más tolerante que la nuestra, como poderoso correctivo de los vicios, é imposible es al mismo tiempo que su ascendiente y sus riquezas formadas por la piedad de los pueblos, no hayan proporcionado en manos de la caridad, remedio á las miserias que son el patrimonio de una parte no pequeña de la humanidad.

Con cuánta verdad se expresa la insigne autora de la bellísima obra intitulada "San Francisco de Asís en el siglo XIII", Doña Emilia Pardo Bazán, cuando afirma en la erudita "Introducción" que: "No hay orden monástica que no encarne y objetive alguna idea moral y civili-

adora en grado sumo."

La sociedad en general ha recibido inmensos beneficios de la Iglesia Católica por medio de sus órdenes. A pesar de las luces que nos envanece, sin embargo de la ilustración de que nos preciamos, es verdad que no estimamos en su justo valor esos bienes; porque nuestras lecturas, no siempre de lo más selecto, muestra imaginación quixótica mal educada, no bastan a reconstruir firmemente las sociedades de los diversos tiempos y en especial de los siglos medievales en que los elementos de orden estaban ó dispersos ó confundidos y que sólo la Iglesia estaba en pie suavizando las costumbres y cultivando plantas cuyos sazonados frutos recogerían edades posteriores.

El gran principio de autoridad que es Dios: la subordinación de los poderes que emanan de esa fuente: la avasalladora supervivencia de la virtud y

de la ciencia: la santa fraternidad evangélica: el fomento de las nobles aspiraciones del humano corazón ayudado por la gracia: los dulces atractivos de un culto que es todo, amor y belleza: con admirable tino todo esto fue conocido, inculcado, combinado, aprovechado por la Iglesia para civilizar á los pueblos.

Las ciencias y las artes hubieran padecido el más horroroso y completo naufragio en las oleadas de barbarie que por sí tendían á hundir la civilización antigua: los trabajos de Grecia y Roma y de los primeros siglos cristianos quizá no hubieran servido de nada al poderoso aliento de los sabios del siglo XIII ni se concibe cómo éstos hubieran preparado en su parte y á su modo el advenimiento del renacimiento de las letras si la bendita arca de la Iglesia no acogiera con amor á las ciencias, ocultán-

dolas, por decirlo así, en los monasterios, libertándolas de las profanaciones y dándoles siquiera fuese el escaso cultivo que las calamidades de los tiempos permitían.

Poco conocedor de la historia ha de ser, y muy miópe para penetrar las íntimas relaciones de los hechos entre sí y con las ideas, el que se atreva á negar ese benéfico influjo que muchos enemigos instruidos y é imparciales y sinceros se han visto precisados á confesar paladinamente.

II.

Las Ordenes Religiosas en México.

Conviene ahora, indicar, aunque sea á grandes rasgos, los beneficios que México debe á los frailes.

Ya lo hemos dicho: muy dudoso era el porvenir de México vencido por soldados valientes y atrevidos, por hombres sedientos

de gloria y de riquezas.

¡Ah! para bien de los mexicanos, tras de esos conquistados vienen otros pero muy diferentes de los primeros; su semblante es apacible y cariñoso; sobre su frente no se ve el casco del altivo guerrero, sino el corquillo del humilde fraile que renuncia á los afites del mundo y se abraza á la mortificación de las pasiones: su corazón no late á impulso del anhelo de bienes terrenales, sino al dulce imperio de ardentísima caridad; buscaban otra gloria que la mundana, la de Dios; otra riqueza no precedera, la de la virtud; no trataban de destruir á los indios ni de hollarlos con la planta, sino de descender hasta ellos, y hacer llegar á sus oídos la palabra de Dios para que renunciasen á las supersticiones del paganismo y recibiesen la fe de Jesucristo.

Tras de la moral y de la civilización dignas de este nombre, la verdadera religión, fue

ésta el principal punto de mira para los misioneros; la línea es de la religión a la religión: de ahí parten y allá tienden todos sus esfuerzos. Messis quidem multa, operarii autem pauci. La mies no podía ser más abundante, los operarios no podían ser en menor número, pero suplido todo el ardiente celo que los anima; la activa caridad los multiplica y casi no hay lugar por remoto, por inaccesible que sea, donde no haya pasado un religioso sembrando la palabra de paz y de amor que se llama Evangelio.

Con abnegación, tal desinterés, tal contraste, debieron atravesar las fundadas bendiciones del cielo y por íto, como al Divino Maestro las turbas, así a los religiosos rodean las multitudes de los indios que aprenden cantando los misterios de la religión, los preceptos de Dios y de su Iglesia, los sacramentos, las obras de misericordia para disponerse a recibir

las regeneradoras aguas del Bautismo.

No querían limitarse a una ligera noticia de los deberes religiosos, y por eso procedieron luego a la fundación de las escuelas. Así se facilitaba a los frailes el estudio de la lengua indígena y los niños del país aprendían el español, la doctrina, la filosofía y las artes.

No era la primera vez que la palabra filosofía resonaba en el nuevo mundo, cuando el P. Fr. Alonso de la Veracruz imprimía sus obras en 1554; ya él y otros, de seguro que habrían tenido aprovechados discípulos.

En otros dicho en otro lugar, cada comunidad que iba estableciéndose en la entonces Nueva España, tenía el cuidado de fundar al mismo tiempo sus colegios.

Hay que advertir que tenían sus propias opiniones filosóficas y teológicas; que casi ca-